



Laodicea: La Iglesia Apóstata (Serie en Apocalipsis #8)

[Audio del Sermón](#)

Apocalipsis 3.14–22 (RVR60)

¹⁴Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:

¹⁵Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! ¹⁶Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. ¹⁷Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. ¹⁸Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. ¹⁹Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. ²⁰He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. ²¹Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. ²²El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Laodicea: La iglesia apóstata (3.14–22)

El nombre «Laodicea» significa «el gobierno del pueblo» y sugiere una iglesia democrática que ya no sigue a sus líderes espirituales ni a la autoridad de la Palabra de Dios. La iglesia es tibia, una condición que viene al mezclar lo caliente y lo frío. Es una iglesia con verdad diluida con error. La tragedia es que esta iglesia es «rica» y no sabe que es pobre, miserable, ciega y desnuda. ¡Qué cuadro de la iglesia apóstata de hoy, con su prestigio, riqueza y poder político, y mientras tanto espiritualmente pobre!

La ciudad de Laodicea era conocida por su lana, riqueza y medicina, y por eso Cristo usa esas imágenes en el versículo 18. Quería darles las verdaderas riquezas de la Palabra de Dios, los vestidos de la gracia, y la capacidad de ver las cosas espirituales. Había algo errado con sus valores, sus vestiduras y su visión. Si no se arrepentían, Él los castigaría en amor.

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

El versículo 20 se usa a menudo como una invitación del evangelio y esta aplicación es buena. Pero la interpretación básica es que Cristo está fuera de la puerta de una iglesia tibia. Esta iglesia tiene riqueza y poder, pero no a Cristo. Él está incluso deseando venir a la vida de la persona, si tan solo la persona le invita. Qué trágico es que una iglesia llegue a ser tan tibia y arrogante que Cristo tiene que salir y quedarse fuera. Son totalmente indiferentes a Cristo. Se le deja fuera de sus planes, programas y corazones.

Así como estas iglesias existían en el día de Juan, también existen hoy. Tenemos iglesias muy activas que han dejado su primer amor (Éfeso) que a menudo acaban como iglesias tibias hacia Cristo (Laodicea). La falsa doctrina empieza de una manera pequeña, pero luego crece e infecta a toda la asamblea. Sin embargo, en cada iglesia hay un remanente de verdaderos creyentes (los vencedores), quienes son los responsables de ser fieles a Cristo hasta que Él venga.

Algunos estudiosos de la Biblia han destacado que las promesas a los que vencen en estos capítulos se asemejan a la historia del AT: el árbol de la vida en Edén, 2.7; el hombre echado fuera del jardín para que muera, 2.11; el maná en el desierto, 2.17; la edad del reino de Israel, 2.26–27; el ministerio sacerdotal, 3.5; el templo, 3.12; y el glorioso trono de Salomón, 3.21. Es como si Cristo reuniera la historia de Israel y la aplicara a su pueblo hoy.

Note, finalmente, la importancia de la Palabra de Dios para las iglesias. Siete veces Cristo llama a las iglesias a oír lo que el Espíritu está diciendo. Cuando las iglesias dejan de escuchar la voz del Espíritu mediante la Palabra y empiezan a escuchar las voces de los falsos maestros, comienzan a alejarse de la verdad. No debemos negar la fe (2.23), aunque nos cueste la vida. Debemos guardar su Palabra (3.8, 10) y no negar Su nombre. Sin la Palabra de Dios no hay vida ni esperanza para las iglesias.¹

A Laodicea (3:14–22)

3:14 El nombre **Laodicea** significa o bien *el gobierno del pueblo* o *el juicio de parte del pueblo*. El Señor Jesús se refiere a Sí mismo como **el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios**. Como **el Amén**, Él es la encarnación de la fidelidad y de la verdad, y el que garantiza y cumple las promesas de Dios. Es asimismo el Originador **de la creación de Dios**, tanto la material como la espiritual. La expresión «**el principio de la creación de Dios**» no significa que Él fuese la primera Persona en ser creada; Él nunca fue creado. Más bien, significa que comenzó toda la **creación**. No dice que Él tuvo un comienzo, sino que Él es **el principio**. Él es el **origen de la creación de Dios**. Y Él es *preeminente* sobre toda la creación.

¹ Wiersbe, Warren W. *Bosquejos expositivos de la Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento*. electronic ed. Nashville: Editorial Caribe, 1995. Print.

3:15-17 La iglesia en Laodicea **ni era fría ni caliente**. Era abominablemente **tibia**. El Señor hubiese preferido que hubiera sido extremada en su indiferencia o en su celo. Pero no, era lo suficientemente **tibia** como para engañar a la gente a pensar que era una iglesia de Dios, y tan repugnantemente **tibia** en las cosas divinas que causaba asco al Altísimo. Además, esta iglesia estaba caracterizada por orgullo, ignorancia, autosuficiencia y complacencia.

3:18 A la gente se le aconseja que *compre* del Señor **oro refinado por fuego**. Esto puede referirse a la justicia divina, que es comprada sin dinero y sin precio (**Isaías 55:1**), esto es, es recibida como un don por medio de la fe en el Señor Jesús. O puede que denota sencillamente la fe genuina, que cuando es probada **por fuego** resulta en alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo (**1 Pedro 1:7**).

Asimismo, se aconseja a la gente que *compre* **vestiduras blancas**, es decir, la justicia práctica en la vida diaria. Y deberían *ungir* sus **ojos con colirio**, es decir, que consigan una verdadera visión espiritual por medio del alumbramiento del Espíritu Santo. Este consejo era especialmente apropiado, por cuanto Laodicea era conocida como centro bancario, de la industria textil y de productos medicinales, especialmente de colirios.

3:19 El **amor** del Señor para con la iglesia se ve en que la reprende y disciplina. Si no le preocupase, no actuaría así. Con una ternura paciente, llama a esta iglesia nominal a ser *celosa* y a *arrepentirse*.

3:20 En los versículos finales tenemos lo que Scofield llama «el lugar y la actitud de Cristo al final de la era de la iglesia». Está fuera de la iglesia profesante, llamando con cortesía e invitando a individuos (ya no a la masa de la gente) a dejar la iglesia apóstata a fin de que tengan comunión con Él.

Comenta Trench:

Cada hombre es dueño en la casa de su propio corazón; es su fortaleza; él ha de abrir sus puertas. Tiene la solemne prerrogativa, el sobrecogedor privilegio, de rehusar abrir. Pero si rehúsa, está ciegamente luchando contra su propia felicidad; es un desventurado vencedor.

3:21 Se promete al vencedor que compartirá la gloria del **trono** de Cristo y que reinará con Él sobre la tierra milenial. Los que le sigan en humildad, rechazo y sufrimiento le seguirán también en gloria.

3:22 Luego, y por última vez, se aconseja solemnemente al oyente a que dé atención a la voz del **Espíritu**.

Sea cual sea la interpretación que le demos al libro de Apocalipsis, es innegable que la iglesia de Laodicea presenta una vívida imagen de la era en que vivimos. Abunda la vida lujosa por todas partes mientras que hay almas que perecen por falta del evangelio. Los cristianos están llevando coronas en lugar de cruces. Nos agitamos y emocionamos más por los deportes, la política o la televisión que por Cristo. Hay poco sentimiento de necesidad espiritual, poco anhelo por un verdadero

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

avivamiento. Damos lo mejor de nuestras vidas al mundo de los negocios, y luego entregamos al Señor el remanente de una carrera malgastada. Nos cuidamos solícitos de nuestros cuerpos, que en pocos años volverán al polvo. Acumulamos en lugar de abandonar, amontonamos tesoros en la tierra en lugar de en el cielo. La actitud general es: «Nada es demasiado bueno para el pueblo de Dios. Si no me cuido yo, ¿quién me cuidará? Prosperemos en el mundo y demos nuestras veladas libres al Señor». Ésta es nuestra condición en vísperas del Regreso de Cristo.²

7. Laodicea

3:14–22

La ciudad

Laodicea esta situada a unos sesenta y nueve kilómetros al sureste de Filadelfia, diecisiete al oeste de Colosas y casi diez de Hierápolis (Col. 4:13) en el valle de Licos. Era la puerta de entrada a Éfeso, a unos ciento sesenta kilómetros al este, la cual era, a su vez, la puerta de entrada a Siria. Hasta mediados del siglo tercero antes de Cristo, se la conocía como Diospolis (la ciudad de Zeus) y Roas. Pero alrededor del 250 a.C. el gobernante sirio Antíoco II extendió su influencia hacia el oeste, conquistó la ciudad, y le puso por nombre Laodicea en honor a su esposa Laodicea. Los romanos penetraron en la zona en el 133 a.C. y convirtieron a la ciudad en un centro judicial y administrativo. Construyeron un sistema de carreteras de este a oeste y de norte a sur. En la encrucijada estaba la ciudad de Laodicea, que aumentó en tamaño, se convirtió en centro comercial principal y consiguió riqueza e influencia. Su industria de la lana floreció gracias a la producción y exportación de lana negra, de la fabricación de ropas corrientes y costosas y de la invención de un colirio eficaz para los ojos. Tenía una floreciente escuela de medicina que se especializaba en oídos y ojos y había desarrollado un unguento para tratar la inflamación de ojos. Debido a este unguento, la escuela adquirió fama mundial.

Un devastador terremoto causó grandes daños a Laodicea en el 17 d.C. y, al igual que a otras ciudades en la provincia de Asia, recibió ayuda económica del gobierno romano. En el 60 d.C. un segundo terremoto afectó a la ciudad, y el gobierno romano ofreció ayuda financiera para reconstruir la ciudad. Pero los padres de la ciudad enviaron al gobierno una respuesta negativa e informaron que disponían de abundantes recursos para la reconstrucción. De hecho, incluso contribuyeron para la reconstrucción de ciudades vecinas.

Antíoco el grande (conocido también como Antíoco III) trajo a unas dos mil familias judías de Babilonia a Lidia y Frigia a mediados del siglo tercero a.C. La ciudad de Laodicea, fronteriza de estas dos regiones, acogió a muchas de estas familias y prosperó. Cuando en el 62 d.C. los judíos quisieron pagar su impuesto anual para el

² MacDonald, William. *Comentario Bíblico de William MacDonald: Antiguo Testamento y Nuevo Testamento*. Viladecavalls (Barcelona), España: Editorial CLIE, 2004. Print.

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

mantenimiento del templo en Jerusalén, el procónsul Flaco confiscó el envío de oro. Parte de este envío provenía de Laodicea y ascendía a unos nueve kilos. «Se ha calculado que la cantidad proveniente de Laodicea significaría que la población adulta de judíos libertos en el distrito era de 7,500». ⁴³ La carta a la iglesia en Laodicea no indica nada en cuanto a una presencia judía, lo cual puede significar que esta iglesia, como la de Sardis, predicaba un evangelio que no significaba para nada una amenaza para los judíos. Y los cristianos de Laodicea tampoco tuvieron que enfrentarse a ninguna persecución de parte de los gentiles, ni tampoco hubo en la ciudad falsos profetas, incluyendo a nicolaítas, a Balaam o a Jezabel. El templo para rendir culto al César estaba en un lugar céntrico de la ciudad. La iglesia se conformaba a otras religiones, disfrutaba de riqueza material, vivía una vida fácil, y no insistía en los derechos de Cristo. En consecuencia, Jesús no pronuncia ninguna palabra de alabanza o ponderación de esta iglesia ni de iglesias similares que no llegan a proclamar su mensaje de salvación.

En esta breve síntesis debería mencionarse un último término. El suministro de agua para Laodicea llegaba desde Hierápolis, a una distancia de unos diez kilómetros, por medio de un acueducto. La fuente contenía aguas termales ricas en carbonato de calcio; cuando el agua llegaba a Laodicea, su temperatura era tibia. Aunque estas fuentes termales tenían valor medicinal y eran como un balneario para los habitantes del lugar, Jesús compara las aguas templadas cerca de la ciudad con la tibia vida espiritual de los cristianos de Laodicea.

a. Descripción

3:14–16

14. «Y al ángel de la iglesia en Laodicea escribe: El Amén, el testigo fiel y verdadero, el origen de la creación de Dios, dice esto: 15. Conozco tus obras; no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente. 16. Así que, porque eres tibio y ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca.

Aparte de este texto, el nombre *Laodicea* sólo se encuentra una vez en todo el Nuevo Testamento (Col. 4:13). Su cercanía a Colosas sugiere que Epafras fuera probablemente el fundador de la iglesia en Laodicea (Col. 1:7; 4:12–13). Pablo envió una carta a esta iglesia, y pidió a los colosenses que procuraran que su carta se leyera en la iglesia de los laodicenses y que ellos a su vez leyeran la carta de los laodicenses (Col. 4:16). No disponemos de información acerca de si Pablo visitó alguna vez esta iglesia. Quizá después de que fue puesto en libertad tras su prisión en Roma, visitó Colosas (Flm. 22) y la vecina Laodicea.

a. «Y al ángel de la iglesia en Laodicea escribe: El Amén, el testigo fiel y verdadero, el origen de la creación de Dios, dice esto». De todas las siete cartas a las iglesias en el occidente de Asia Menor, ésta es la única en la que la descripción de Cristo no se basa en la aparición de Jesús a Juan en la isla de Patmos (1:12–16). Se basa en el saludo, que dice «y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos» (1:5a).

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

La descripción que hace Jesús de sí mismo como la palabra *Amén* proviene del texto hebreo del Antiguo Testamento. El «Amén» transmite la idea de lo que es verdadero, firmemente establecido y digno de confianza. Era una palabra muy conocida de los que rendían culto a Dios, quienes se unían en una doxología, proclamando su confirmación de lo que habían oído (p.ej., **1 Cr. 16:36; Sal. 106:48**). Es un «Sí» enfático como respuesta afirmativa a una oración o una conclusión para una doxología (**Ro. 1:25; 9:5; 11:36; 16:27; Gá. 6:18; Ap. 1:7; 5:14; 7:12; 19:4**). Precedido del artículo definido, el Amén se ha personificado en el texto hebreo como «el Dios de Amén», traducido, «el Dios de la verdad» (**Is. 65:16**; compárese con **2 Co. 1:20**). Jesús se atribuye este título y lo interpreta en la siguiente cláusula como «el testigo fiel y verdadero». Los términos *fiel* y *verdadero* son ambas traducciones de la misma expresión hebrea *Amen*.

Esta frase aclaradora *el testigo fiel y verdadero* es un eco del saludo trinitario (**1:4b-5**); sin el término *testigo* describe al jinete en un caballo blanco (**19:11**). Significa que todo lo que Jesús dice es indudablemente verdadero, de modo que al final de Apocalipsis leemos la afirmación: «estas palabras son fieles y verdaderas» (**21:5; 22:6**). Por ser testigo fiel, Antipas sufrió martirio en Pérgamo (**2:13**). Al cumplir las profecías del Antiguo Testamento (**Is. 43:10-13 y 65:16-18**), Cristo es el verdadero Israel, porque es el «Amen, el testigo fiel y verdadero».

Cuando Jesús se refiere a sí mismo como «el origen de la creación de Dios», vemos un nexo íntimo con la carta de Pablo a los colosenses, que los laodicenses leyeron en servicios de culto (**Col. 4:16**). El Señor se llama a sí mismo el «origen [griego *arjē*] de la creación de Dios». No deberíamos interpretar la palabra *origen* en forma pasiva, como si Jesús fuera creado o recreado, sino de manera activa, porque Jesús es quien genera y trae a la existencia la creación de Dios (**Jn. 1:1; Col. 1:15-18; Heb. 1:2**). ¿Cuál es, pues, el propósito de esta descripción? Mostrar que Jesucristo hizo todas las cosas y por ello las posee y controla. También, todas las cosas fueron hechas para servirle. El mensaje a los laodicenses es que su jactancia por sus riquezas materiales está fuera de lugar porque todas las cosas pertenecen a Jesús, quien es digno de alabanza y gloria.

b. «Conozco tus obras; no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente». El término *obras* también se encuentra en las otras cartas (**2:2, 19; 3:1, 8**). Aquí significa exactamente lo mismo que en la carta a la iglesia en Sardis (**v. 1**): obras incompletas que ni vale la pena mencionar. Jesús conocía las obras tanto de Sardis como de Laodicea y para estas dos iglesias sólo tuvo palabras de reproche. Ya no estaban activas y vivas: los pocos fieles en Sardis eran como brasas resplandecientes en medio de cenizas; los de Laodicea eran como su abastecimiento de agua, ni frías ni calientes.

Si los laodiceos no hubieran escuchado nunca el evangelio, habrían sido fríos en un sentido espiritual. Suponemos que la primera generación de cristianos en Laodicea aceptó el evangelio y brilló con fuego espiritual y de entusiasmo. Pero sus descendientes eran tibios. No tenían interés en ser testigos de Jesucristo, en vivir una

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

vida de servicio para el Señor, o en predicar y enseñar su evangelio para que avanzaran su iglesia y el reino. Aunque tenían las Escrituras, eran apáticos, indiferentes y despreocupados en cuanto a las cosas del Señor (compárese con **Heb. 4:2; 6:4**). No sorprende que Jesús dijera, «conozco tus obras», con la implicación de que no había ninguna.

c. «Así pues, porque eres tibio y ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca». Las fuentes termales a unos diez kilómetros cerca de Hierápolis enviaban agua de calidad medicinal a Laodicea. Para cuando el agua llegaba a su destino, se había enfriado bastante, y debido al carbonato de calcio que contenía, producía un efecto nauseabundo en quienes la bebían. Por el contrario, Colosas, a dieciocho kilómetros de distancia, disfrutaba de manantiales de agua refrescante, fría y pura.

Cristo no tiene ningún interés en un cristianismo tibio, porque no vale nada. Prefiere trabajar con personas que o arden de energía para hacer lo que les corresponde o que nunca han oído hablar del mensaje de salvación y están dispuestas a escuchar. El agua tibia con carbonato de calcio hace vomitar. De igual modo, los cristianos nominales, vacíos de obras espirituales, son totalmente desagradables para el Señor, y está a punto de vomitarlos de su boca. Nótese que Jesús no dice, «Te vomitaré de mi boca», sino más bien «estoy a punto de vomitarte de mi boca». He aquí la gracia del Señor Jesús ya que da tiempo a los laodicenses para que se arrepientan después de haber leído su carta. Esta misiva tiene como fin cambiar la actitud tibia de los receptores en deseo de trabajar por el Señor, porque la gracia siempre antecede a la condenación (véase **v. 19**).

La iglesia en Laodicea «no se había vuelto indiferente porque los intereses mundanos habían enfriado su debido fervor, sino que se había vuelto ineficaz porque, al creer que estaban bien dotados espiritualmente, sus miembros habían cerrado la puerta dejando fuera a su verdadero proveedor». Habían excluido a Cristo (compárese con **v. 20**) y pensaban que podían prescindir de él. Con ello se habían vuelto totalmente ineficaces como iglesia. Sin Cristo la iglesia está muerta.

b. Reproche

3:17–18

17. Porque dices, ‘Soy rico y me he enriquecido y no necesito nada’, pero no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo».

a. «Porque dices, ‘Soy rico y me he enriquecido y no necesito nada’». El origen de este dicho parece ser el texto hebreo de **Oseas 12:8**, el cual ofrece semejanzas claras:

Efraín se jacta,
«Soy muy rico; me he enriquecido.
con toda mi riqueza no encontrarán en
mí ninguna iniquidad o pecado».

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

Aunque no podemos determinar si los miembros de la iglesia en Laodicea eran ricos o no, sí sabemos que los habitantes del lugar eran ricos y prósperos. El dicho «soy rico y no necesito nada» también se encuentra en una diatriba de Epicteto, quien menciona estas palabras como dichas por un administrador imperial. Quizá el dicho era proverbial entre los ricos. Pero en este caso las palabras salen de la boca de los cristianos en Laodicea, quienes se habían conformado por completo a la ciudadanía. Así pues, en lugar de que la iglesia influyera en la sociedad, había ocurrido lo opuesto, ya que la sociedad influía en la iglesia.

Luego, la palabra *rico* puede apuntar a posesiones materiales o espirituales. ¿Se identificaron los miembros de la iglesia con los habitantes del lugar quienes en el 60 d.C. habían rechazado la ayuda de Roma cuando un terremoto devastó Laodicea? ¿O sugiere el contexto que entendamos la palabra como referencia a riquezas espirituales? El pasaje anterior (vv. 14–16) y el versículo siguiente (v. 18) obligan a los comentaristas a adoptar la segunda opción. La evidencia indica que la iglesia había adoptado las normas de Laodicea y las había transferido al ámbito espiritual. Por ejemplo, la ciudad, conocida como centro financiero, construyó edificios, puertas y torres grandes poco después de que el terremoto hubo destruido la ciudad. Se enorgullecía de ser independiente y de su capacidad para ayudar a sus vecinas que habían sufrido el mismo desastre. Los miembros de las iglesias estaban muy de acuerdo en mostrar independencia y en ayudar a los vecinos. En consecuencia, no llegaron a ver la diferencia ente riqueza material y espiritual. Se jactaban de su autosuficiencia y no necesitan a Cristo. Eran espiritualmente ciegos.

Tercero, desde un punto de vista lógico, se invierte el orden *ser rico* y *haberse enriquecido*. Después de que alguien se enriquece, puede decir, «soy rico». Pero esta inversión de la secuencia esperada se encuentra más a menudo en Apocalipsis (véase 5:2, 5; 10:9) e incluso en el cuarto evangelio: «ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre» (Jn. 1:51).

Por último, no necesitar nada es inconcebible en el caso del verdadero creyente, quien depende de Dios en todo momento, día y noche, para comida y bebida, hogar, techo, vestido, protección, alimento espiritual, aliento, consuelo, amor, gozo, felicidad y muchas otras bendiciones. Ser autosuficiente es el colmo de la arrogancia espiritual, porque ya no están funcionando la fe y la confianza en el Señor.

b. «Pero tú no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo». El contraste que introduce la partícula adversativa *pero* es en verdad sorprendente. Jesús dijo, «conozco tus obras» (v. 15) y ahora les dice a los laodicenses que no se conocen a sí mismos. Utiliza el pronombre personal *tú* en singular para enfatizar que se dirige a la iglesia como un todo. Describe a la iglesia con cinco adjetivos, de los cuales el primero es *desdichado* (véase Ro. 7:24). Denota la condición mundana de quienes no toman en cuenta las cosas divinas esenciales: la persona rica que carece de la riqueza que cuenta delante de Dios. Además de estar espiritualmente en quiebra, la persona rica es miserable. Pablo utiliza la palabra *desdicha* o *miseria* en superlativo cuando escribe acerca de quienes dudan de la resurrección: «Si la

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales» (1 Co. 15:19). En vez de ser ricos, los laodicenses son espiritualmente pobres porque los bienes materiales los ciegan (compárese con 2 P. 1:9). Y por último, se presentan desnudos delante de Dios y son incapaces de cubrir su vergüenza. Con sólo cinco adjetivos, Jesús ha descrito su lamentable condición. Los dos primeros (desdichado y miserable) reflejan la situación interna de los laodicenses, en tanto que los tres últimos (pobre, ciego y desnudo) describen la condición tanto interna como externa.

18. «Te aconsejo que me compres oro refinado por fuego para que seas rico, y ropas blancas para vestirte para que no se revele la vergüenza de tu desnudez, y colirio para poner en tus ojos para que puedas ver».

Este versículo retoma los tres últimos adjetivos del versículo anterior (v. 17), aunque sin la misma secuencia. Cuando se eliminan estos tres adjetivos (pobre, desnudo y ciego), desaparecen los otros dos (desdichado y miserable). Asimismo, estos tres abarcan todas las bendiciones que necesita el creyente para su salvación: redención, justificación y santificación.

a. «Te aconsejo que me compres oro refinado por fuego para que seas rico». En lugar de un reproche duro y de un mandato contundente, Jesús aconseja a los laodicenses y demuestra su gracia divina. Utiliza el lenguaje del mercado y alude a un pasaje del Antiguo Testamento: «vengan, compren vino y leche sin pago alguno» (Is. 55:1). Se dirige a quienes con desdén afirmaron que no tenían ninguna necesidad, y los invita a que le compren a él oro refinado. Por implicación, desea que acudan a él como mendigos indigentes que nunca podrían comprar este bien precioso. La palabra griega oro se refiere a productos de alta artesanía, como joyas o monedas, y no simplemente al metal mismo (compárese 17:4; 21:18, 21 con 9:7; 18:12). Los cambistas en el banco de Laodicea manejaban dinero a diario, pero Cristo aconseja al pueblo que acuda a él para comprar. Sin embargo, su consejo omite a propósito mencionar el dinero, porque la transacción debe darse sin oferta legal. Sólo pueden conseguir el oro de Jesús.

Nótese, por tanto, la clase de oro que Cristo pone a disposición de los laodicenses: «oro refinado por fuego». Es oro que ha sido purificado hasta tal grado que de él emana el brillo del fuego (véase 1 P. 1:7). Estas palabras sugieren la prueba de fuego que deben enfrentar los seguidores de Cristo. Oro es de hecho otra palabra para fe, que es mucho más preciosa que el oro. La fe debe ser de importancia total para los laodicenses, porque deberían darse cuenta de que Jesús les habla en términos espirituales. Lo que está en juego aquí es que todas las impurezas deben ser eliminadas con fuego, de modo que su fe surja intacta del mismo y, como consecuencia, su amor por Cristo sea puro.

b. «Ropas blancas para vestirte para que no se revele la vergüenza de tu desnudez». En una ciudad donde la industria de la ropa daba trabajo e ingresos a innumerables personas, estas palabras tienen un atractivo directo. La lana negra que producían las ovejas era el color de casi toda la ropa que se fabricaba. Los sacerdotes

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

llevaban ropaje blanco, pero ahora esta vestimenta es la vestimenta escatológica de los santos quienes, con el color blanco, dan testimonio de santidad y pureza. Es una alusión al Anciano de días: «su ropa era blanca como la nieve» (Dn. 7:9; véase Ap. 1:14).

La razón de vestir ropa blanca es cubrir la desnudez del pecado y con ello no ser avergonzado (compárese con 16:15). El Antiguo Testamento ofrece una serie de casos en los que o la realidad o la amenaza de una humillación total se centraban en ser desnudado.

Los cristianos en Laodicea estaban espiritualmente desnudos, «[porque] todos los telares en su ciudad no podían tener ropa para cubrir sus pecados. Laodicea podía proveer a todo el mundo sus túnicas y otras ropas; pero la justicia era la vestimenta blanca que Dios pedía (véase 19:8), y esto lo debían conseguir de Cristo». Sólo Jesús quita el pecado y la culpa, porque sólo él puede proporcionar la túnica blanca de la justicia.

c. «Y colirio para poner en tus ojos para que puedas ver». La escuela de medicina en Laodicea se había familiarizado con las propiedades curativas de la así llamada piedra frigia. Esta piedra, que procedía de la cercana provincia de Frigia, se convertía en polvo con el que se elaboraba un ungüento que se utilizaba para curar enfermedades oculares.

Los creyentes laodicenses estaban ciegos debido a que se engañaban a sí mismos y no eran capaces de ver con ojos espirituales. Con el colirio para los ojos que Jesús proporciona, los laodicenses podrían ver sus propios pecados a la luz de la palabra de Dios y de caminar con Jesús, quien es la luz del mundo.

c. Admonición

3:19–20

19. A quienes amo reprendo y disciplino. Sé celoso, por tanto, y arrepiéntete. 20 Mira, estoy en la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta, vendré a él y cenaré con él y él conmigo.

a. «A quienes amo reprendo y disciplino». En estos dos versículos, Jesús pone sobre aviso a la iglesia en Laodicea. Como ocurre en gran parte de su enseñanza, se basa en las Escrituras del Antiguo Testamento. Así, las palabras «A quienes amo reprendo y disciplino» aluden a Proverbios 3:12 (véase también Heb. 12:6): «porque el Señor disciplina a los que ama». Jesús cambia la cláusula de tercera persona a primera y agrega el verbo *reprender*. También, el griego incluye el pronombre yo al principio de la frase para agregar énfasis. Y por último, el Señor habla en general. Emplea el pronombre «aquellos» cuando dice, «aquellos a quienes amo», para indicar que el amor y la disciplina van de la mano en la renovación de su relación.

Aunque el verbo griego *agapaō* se puede traducir «amor de verdad» y el verbo *fileō* «amo» (Jn. 21:15–17), estos verbos se encuentran a menudo como sinónimos. El verbo *agapaō* aparece en la carta a la iglesia de Filadelfia, «te he amado» (v.9), pero

aquí se emplea *fileō*. Esto no quiere decir que Jesús amara a los filadelfos con amor verdadero y a los laodiceos con afecto. Más bien, significa que dentro del contexto de reproche y disciplina, Jesús se dirige con amor a la iglesia de Laodicea.

b. «Sé celoso, por tanto, y arrepiéntete». Se produce renovación cuando quienes reciben esa carta siguen con obediencia el doble mandato: «sé celoso» y «arrepiéntete». Lógicamente, el acto de arrepentirse antecede al de ser celoso, pero la mentalidad oriental se interesa por conceptos, no por análisis. El griego juega con palabras: el adjetivo *dsestos* (caliente, vv. 15–16) y el verbo *dsēleue* (¡sé celoso!) tienen la misma raíz. Jesús les dice que comiencen a ser celosos por él con una pasión que genera fervor espiritual. El fervor es un componente necesario del amor de Dios.

En tanto que ser celoso es un mandato en tiempo presente para denotar continuidad, el imperativo «arrepiéntete» es una acción de una vez por todas. Es decir, los laodiceos deben dar un giro de 180 grados renunciando al pasado y adoptando decididamente su nueva vida en Cristo.

c. «Mira, estoy a la puerta y toco». Al quedar excluido de la vida espiritual de los miembros de la iglesia de Laodicea, Jesús está metafóricamente en la puerta de su corazón y toca para poder entrar (compárese con **Stg. 5:9**). Toca en forma insistente para llamar su atención, de modo que nadie pueda decir que el Señor no los llamó. Los llama en forma individual al golpear en la puerta de su corazón, como si los dueños estuvieran durmiendo. La tensión se da en la responsabilidad humana de ir a la puerta y responder a quien quiere entrar. El Señor abrió el corazón de Lidia (**Hch. 16:14**), pero aquí espera que el pecador sea quien lo haga. Este es el enigma de la acción divina y la responsabilidad humana. Cuando estos dos elementos aparecen en relación con la gracia electiva de Dios en los seres humanos, nos encontramos con un misterio que desafía la comprensión humana. La Escritura enseña que la intervención de Dios y la respuesta humana son dos lados de la moneda proverbial (**Fil. 2:12–13**).

Algunos estudiosos ven este pasaje desde una perspectiva escatológica como paralelo a la parábola del siervo vigilante (**Mt. 24:33; Mr. 13:29; Lc. 12:36**). Aluden al texto de la segunda venida de Cristo y afirman que la interpretación escatológica concuerda con un tema similar en Apocalipsis (**2:5, 16, 25; 3:11**). Pero objeciones muy serias disuaden a otros comentaristas de ver esta parábola en el contexto de los miembros de la iglesia en Laodicea a los que Jesús les dice que se arrepientan. El Señor está a la puerta de su corazón, toca con insistencia, y espera una respuesta de ellos. El contexto del siervo vigilante difiere de este pasaje en sus detalles.

d. «Si alguien oye mi voz y abra la puerta, vendré a él y cenaré con él y él conmigo». El término *alguien* indica que el llamamiento a arrepentirse es amplio e inclusivo. Jesús no sólo está a la puerta del corazón del pecador y toca con insistencia, sino que también le habla e invita a que se arrepienta. En cuanto una persona responda a la voz de Jesús (compárese con **Jn. 10:3; 18:37**), Jesús entra en su corazón. Nótese bien que Jesús tiene control total, por en esta frase el énfasis se pone en Jesús que habla, entra en el corazón de uno, y cena con la persona que

responde. Es evidente que la responsabilidad de escuchar y responder a la voz de Jesús radica en el oyente.

Esta frase enseña «una doctrina exclusivamente juanina». Es decir, Jesús desea tener comunión con nosotros. En la mentalidad oriental, la hospitalidad a la hora de comer demuestra la confianza del anfitrión en el invitado y su respeto por él (Sal. 41:9), porque el anfitrión ha abierto su casa al invitado y parte el pan con él. Pero aquí es Jesús quien asume el papel de anfitrión, porque dice que entrará y compartirá con el invitado la comida principal del día. Esta comida se tomaba hacia el final del día, después de haber concluido el trabajo cotidiano, en un ambiente de ocio y estrecha comunión. Era el tiempo para conversar, durante el cual se hablaba de temas buenos, se oían risas, y se daban consejos para resolver problemas. Este pasaje habla de unión con Cristo en un caminar cotidiano con él. Aunque insinúa la celebración de la cena del Señor y de la fiesta de bodas cuando el Señor regrese, en especial a la luz de la escatología del versículo 21, no es el principal énfasis del v. 20. Lo que enfatiza es la comunión con Cristo.

d. Promesa

3:21-22

21. «Al que triunfe, le otorgaré [el privilegio] de sentarse conmigo en mi trono, del mismo modo que yo triunfé y me senté con mi Padre en su trono. 22. Quien tenga oído escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias».

Juan escribió las conocidas palabras «quien triunfe» como repetición de las cartas anteriores y luego escribe la promesa que Jesús hace al triunfador. Indica que Jesús da esta promesa en primer lugar a los laodiceos y luego a todos los creyentes. ¡Qué gracia y misericordia tan extraordinarias se ofrecen a una iglesia que no recibe ninguna alabanza del Señor! Pero estas personas, con tal de que se arrepientan y triunfen, recibirán el privilegio de sentarse con Cristo en el trono del Padre (Mt. 19:28; Lc. 22:28-30).

Debe entenderse el lenguaje en el sentido de transmisión de un mensaje simbólico. No podemos comprender el significado del privilegio de sentarse junto a Jesús en el trono. Por tanto, resulta inútil preguntar si el trono es suficientemente grande como para acomodar a todos los seguidores de Cristo. El mensaje, con el sustento de otros pasajes en la Escritura, es que los creyentes glorificados tienen el honor y deber de juzgar a las doce tribus de Israel, al mundo y a los ángeles (Mt. 19:28; Lc. 22:30; 1 Co. 6:2-3); y reinarán con Cristo (2 Ti. 2:12; Ap. 5:10; 20:4, 6; 22:5). La promesa de Jesús se basa en la visión que recibió Daniel: «Entonces se dará a los santos, que son el pueblo del Altísimo, la majestad y el poder y la grandeza de los reinos. Su reino será un reino eterno, y lo adorarán y obedecerán todos los gobernantes de la tierra» (Dn. 7:27). Jesús mira hacia atrás, a su sufrimiento, muerte y resurrección, cuando dice que también él venció. Observa que pasó a ocupar un lugar en el trono a la diestra del Padre (Heb. 1:3; 8:1; 12:2; véase también Mr. 16:19; Ef. 1:20).

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

Pero la diferencia es que Cristo llevó a cabo su obra mediadora por nosotros y le ha sido dado el honor de ocupar un lugar junto al Padre. Por otro lado, Jesús mira hacia adelante y nos dice que cuando triunfemos, por invitación suya ocuparemos un lugar junto a él. Esto en verdad será la gloria.

El capítulo concluye con el bien conocido dicho de oír lo que el Espíritu dice a las iglesias. Y esto quiere decir que toda la iglesia recibe el mensaje de Cristo de alabanza, reproche y promesa. Nótese también que al final de las siete cartas a las siete iglesias hay una referencia indirecta al día del juicio.³

³ Kistemaker, Simon J. *Comentario al Nuevo Testamento: Apocalipsis*. Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2004. Print.